

E

xposiciones en

Presentación del libro:

Trampas de la Memoria

FLACSO-Chile

Serie Documentos Electrónicos, Julio 2018

FLACSO-Chile



FLACSO
CHILE

Presentación por Rubén Chababo

(Exposición realizada en la presentación del libro “Trampas de la Memoria”,
el 17 de julio de 2018)

He leído este libro como si se tratase de la prolongación de un diálogo iniciado con Ricardo hace años, cuando nos conocimos, ya no recuerdo, si de este o del otro lado de la Cordillera, en alguna actividad vinculada a algún proyecto de memoria. Hacia comienzos del 2000 yo solía venir a Santiago para participar de una serie de conversatorios preliminares dedicados a proyectar el futuro Museo de la Memoria, y no imaginaba que habría de ser él quien pocos años más tarde, habría de ocupar su dirección.

Digo que las páginas de este libro son lo más parecido a la prolongación de un diálogo porque en ellas están los temas que a lo largo de estos años fuimos compartiendo, él desde su mirada chilena, yo desde la Argentina, ambos interesados no solo en los temas de la memoria, de los museos, sino en cómo hacer que esas instituciones y la memoria cobijada en ellos no quedaran capturadas en visiones cristalizadas. Ahora reviso estas páginas y confirmo que esas preocupaciones están aquí narradas, que en ellas Ricardo detuvo su atención y su escritura para compartirlas generosamente con todos nosotros.

Trampas de la memoria puede ser considerado como un mapa donde aprendemos, no solo chilenos, argentinos y peruanos, sino todos los latinoamericanos, aquellos que somos herederos de los derrumbes a los que fueron sometidas nuestras sociedades por las violencias de Estado, pero también estas páginas son una invitación a pensar más allá de los sentidos cristalizados, porque lo sabemos, la memoria social también produce lugares comunes y *clishés*, es decir, sus propias formas de olvido que tantas veces contribuyen a modelar interpretaciones del pasado que no todos están dispuestos a poner en entredicho. Pero lo sabemos, la labor de los intelectuales, de aquellos que operan sobre los campos culturales y políticos no es otra que la de interpelar esas visiones, en especial aquellas que nos brindan versiones autocomplacientes del ayer del que venimos.

Este libro, que busca leer los procesos memoriales de tres países, deteniéndose en algunos sitios, en algunos espacios en particular, es una indagación en clave crítica sobre el modo en que hemos hecho memoria, sobre las maneras en que hemos pensado y tramitado en clave memorial, nuestros pasados. También un registro sensible de cuánto nos ha costado y sigue costando llevar adelante esa enorme empresa.

Creería que lo que dice este ensayo es posible de ser dicho porque ya existe una cierta distancia histórica, porque de algún modo ya podemos mirar ese ayer, no desde un lejánico horizonte, pero sí desde una perspectiva en la que el calor de los acontecimientos *no quemó*, como tan solo unos años atrás, nuestra epidermis. También, y no es un dato nada menor, porque Ricardo ha elegido recobrar una dimensión de su autonomía intelectual, un *bien*preciado que, generalmente, cuando se está al frente de instituciones gubernamentales, se resigna.

¿Qué hemos hecho con la memoria nosotros los sudamericanos? ¿Hemos sido justos y equitativos a la hora de memorar? ¿Hemos dado cobijo en nuestros proyectos memoriales a todos los dolidos por la violencia? ¿Estamos dispuestos a aceptar que nuestra predisposición sensible para el dolor fue muchas veces parcial y que nuestro oído no siempre estuvo dispuesto a atender las plegarias de todos? ¿Y qué narramos en esos espacios, de qué modo, qué olvidamos, que resignamos a la hora de enunciar nuestros recuerdos?

Nuestros memoriales, nuestros museos, esos que hemos construido al calor de tantos debates, de tantas discusiones acaloradas ¿narran la historia de nuestros derrumbes tal como ellos ocurrieron? ¿Qué historias han o hemos dejado afuera? ¿Hemos logrado cumplir con la meta que nos propusimos alcanzar cuando los soñamos, no otra que la de lograr una transmisión justa de aquellos pasados? Y cuando digo justa quiero decir, lo más cercana a la fidelidad de lo ocurrido.

Lo cierto es que en el centro medular de estas preguntas está el desafío nunca sencillo de abordar ese ayer en todo su espesor, en toda su complejidad, algo que en muchos casos no hemos logrado del todo, ya sea porque los contextos de la transición no lo permitieron, porque había otras urgencias o porque había y sigue habiendo preguntas que implican siempre un riesgo para aquel que las enuncia. La de la violencia por ejemplo, no de los otros, sino la nuestra, la que fue ejercida por los de nuestra propia tribu. Los discursos, no de los perpetradores e impulsores de la gran masacre, sino los propios, aquellos que supimos enunciar y que tantas veces contribuyeron a llevar a toda una generación a abrazar sueños y proyectos que en muchos casos ya tenían inscrita en su origen las formas de una brutal derrota.

Mirar críticamente el ayer despojado de sacralizaciones, de versiones únicas, de visiones clausuradas no ha sido sencillo a lo largo de estos años, y esto ha sido así porque en nuestros campos culturales nunca han faltado anatemas contra quienes han pretendido enunciar preguntas que iban más allá de lo previsible, acusando a estas miradas críticas de estar contribuyendo a salvar o justificar la inexcusable responsabilidad criminal de los perpetradores, algo que, no cabe duda, terminó contribuyendo a clausurar la posibilidad no solo del necesario debate público sobre los sentidos del pasado, sino de algo aún más importante, extraer lecciones de ese pasado en clave trans-generacional.

Y cuando digo extraer lecciones del pasado aludo al magisterio de Tzvetan Todorov ampliamente citado en las páginas de este libro, alguien que en tantos de sus ensayos, nos instó a ser capaces de establecer la diferencia radical que existe entre impulsar una memoria *literal* y una memoria *ejemplar*, la primera, más atenta a la repetición monocorde de los hechos, la segunda dispuesta a emprender el desafío de atrevernos a formular las preguntas, todas las preguntas que sean necesarias, a riesgo de que las respuestas que vuelvan desde ese pretérito no sean precisamente aquellas que quisiéramos escuchar.

Las historias que Ricardo trae en estas páginas recorren la geografía de tres países latinoamericanos sobre los cuales las violencias de estado y las violencias insurgentes se manifestaron de modos muy diversos, con actores que respondieron a ese tiempo histórico de manera singular, algunos más brutales que otros como es el caso de *Sendero luminoso* que con su alucinado milenarismo sembró de destrucción el corazón de tantas comunidades de la amplia geografía peruana. El libro de Ricardo no compara actores ni escenas nacionales sino que pone a estas historias frente a nuestros ojos para que apreciemos los diversos modos con que esas sociedades y sus instituciones han tratado de reconstruir sus memorias y el complejo trabajo que ello les ha implicado: intentando ponerle nombre a las víctimas, buscando comprender la razón de sus sufrimientos y desgracias, a la vez que tratando de darle, a cada uno de los humillados por la violencia, su justo lugar en la Historia. Un trabajo por demás de arduo que tiene las formas de un desafío, que sabemos, no es exclusivamente latinoamericano: no hay más que ver lo complejo que ha sido y sigue siendo para países como Francia asumir el tema nada sencillo de su responsabilidad colonial o el del colaboracionismo en los años de Vichy, así como para los Museos del Holocausto abordar en sus guiones narrativos, a siete décadas ya del fin de la Segunda Guerra, el doloroso tema de los Consejos judíos o *Judenrath*. Se trata de temas o capítulos que, como astillas punzantes, puján desde el pasado y que son los que lo transforman en un territorio en constante disputa por el derecho que cada cual reclama a ser su mejor o más fiel intérprete. Una puja en la que los combates entre memoria e historia, entre sobrevivientes, testigos e historiadores llegan a transformarse en verdaderas batallas que pueden prolongarse durante años.

El pasado nunca es libre, allí la razón de estos combates, porque ninguna sociedad está dispuesta a abandonarlo a sí mismo. Ya sea que lo celebre o lo oculte, el pasado siempre es un desafío del presente. Porque cuando se lo lee críticamente, y a diferencia de las visiones escolares, el pretérito se nos presenta como un territorio nada claro y homogéneo, sino en constante transformación, algo que nos obliga a estar dispuestos a rediseñar constantemente nuestros mapas para orientarnos en él; y eso es así porque cambian los sentidos con que lo leemos, como también cambian las urgencias y los contextos políticos que en algunos casos habilitan la formulación de ciertos interrogantes y en otros lo clausuran.

Siguiendo esta idea, Ricardo evoca en estas páginas algunos casos que ejemplifican esto que aquí decimos, por ejemplo las disputas por la inscripción de los muertos senderistas en los memoriales peruanos, ¿tienen derecho esos muertos a compartir la piedra del recuerdo con aquellos que murieron salvajemente por su mano? ¿Se trata de una provocación o de un acto de justicia memorial? O para el caso argentino, la evocación de las historias de aquellos militantes de organizaciones armadas que fueron asesinados por sus propios compañeros al sentirse estos decepcionados por no verlos cumplir acabadamente con los ideales del Hombre nuevo guevarista. ¿Qué hacer con esos muertos? ¿debemos decir que han *caído* en combate, que murieron gloriosamente entregándolo todo? ¿qué hacer con quienes le arrebataron su derecho a la vida y que a la vez pertenecían a su misma causa y que iban detrás de su mismo objetivo? ¿Son héroes, son víctimas, son victimarios? Pero algo más, ¿qué nos dicen estos casos, ya no de esas sombras del pasado, sino de nuestro modo de construir el recuerdo desde este presente? ¿estamos dispuestos a integrar estas historias en el gran relato de ese ayer fracturado del que venimos al ubicarlas como piezas necesarias pero a la vez disruptivas de los sentidos con que hemos leído el ayer hasta este presente?. Es que, como dice Regine Robin, tantas veces recurrimos a atribuir las responsabilidades a otros, o a decir que no hay culpables, o que solo algunos lo son. Y entonces olvidamos, reprimimos, ponemos distancia en lo más profundo a aquello que nos molesta, y llenamos los roperos de la Historia cargándolos de cadáveres, esperando abrirlos y encontrarlos sin poderlos reconocer.

Chilenos, argentinos, peruanos, latinoamericanos hemos hecho esfuerzos descomunales, gigantescos, por evitar que las memorias del dolor se evaporen y en nuestros museos hemos querido cobijarlas. Tememos que el olvido arrase con todo, que nos arrebatase siquiera este débil hilo con que nos unimos a nuestros dolores y nuestros muertos ¿Pero son estos dispositivos, estos soportes culturales, trincheras seguras para el mandato de no repetición, son estos espacios garantía de que nuestras sociedades no habrán de incurrir nuevamente en la seductora tentación de la violencia autoritaria? ¿Qué lo asegura? ¿La nobleza de nuestro empeño y decisión? ¿El lugar central y a la vez visible que hemos querido que ocupen en nuestras tramas urbanas? ¿El número de escolares que pasan semanalmente por sus salas?

Cuando Ricardo penetra en la discusión de los contextos al evocar la visita de Todorov al Parque de la memoria en la ciudad de Buenos Aires o la de los viudas de carabineros al Museo de Santiago, de alguna manera, está preguntándose algo de todo esto, no porque crea que estos dispositivos memoriales sean fallidos o ineficaces, sino porque reconoce, como tantos otros reconocemos, que se trata de espacios en déficit, siempre incompletos, que si no se los visualiza como plataformas en permanente construcción, abiertos a la deliberación pública, están irremediabilmente condenados a convertirse en verdaderos panteones o mausoleos que, salvo a los testigos directos o a los ya convencidos, poco o

nada habrán de decirle a las nuevas generaciones, aquellas para las que muchos de los conceptos e ideas que forman parte de nuestras experiencias, para ellas no son más que entelequia o abstracción.

Cuando comencé esta presentación dije que había leído este libro como la continuación de un diálogo. Siento que ese dialogo continua y que esa conversación no lo incluye solo a su autor y a mí, sino también a todos los que están aquí esta noche en esta sala, y también a aquellos futuros lectores que saben que el trabajo de la memoria exige un compromiso ineludible con la búsqueda incesante de la verdad, porque esa verdad está anudada de manera inescindible a las vidas y a los destinos de aquellos que fueron dañados por la violencia. Quiero decir una verdad *justa*, es decir, que sea capaz de llevarnos a imaginar una trama de memorias que estén dispuestas a asumir, como punto de partida, la responsabilidad común por un pasado de duelos y de fracturas.

Nuestro deber como sobrevivientes y testigos de ese pasado nos obliga a trabajar para que esa verdad emerja, para que los museos y memoriales que creamos y gestionamos se acerquen cada vez más a la comprensión de ese pasado logrando cobijar, generosamente, a todos los dolidos de la Historia, aún a sabiendas de que ese esfuerzo no alcanzará nunca a cumplirse del todo y que siempre habrá algo, una historia, un relato, una voz que quedará fuera.

Por esa senda van las páginas de este libro que ha escrito Ricardo, un libro que espero contribuya a dar un paso más en la dirección de ampliar los márgenes de una deliberación sobre nuestro ayer, una deliberación que nos incluya a todos los latinoamericanos y que a la vez sea capaz de impulsarnos a entender qué fue en verdad eso atroz que ocurrió entre nosotros para poder cumplir, sinceramente, si así lo decimos, con el mandato de no repetición.

Presentación por Cristián Mallo

(Exposición realizada en la presentación del libro “Trampas de la Memoria”,
el 17 de julio de 2018)

Cuando recibí la invitación de Ricardo Brodsky para participar en la presentación de su libro Trampas de la Memoria me sentí tan honrado como inquieto pues no sólo he dedicado buena parte de mi vida a la reflexión sobre el álgebra sino que en tanto víctima de la dictadura fue en este recinto, que en la época de la Dictadura se llamó edificio Diego Portales, donde, junto a tres otros secuestrados, se nos presentó en un montaje televisivo organizado por la Dina, con forma de conferencia de prensa, en febrero del 1975, donde varios periodistas eran agentes de la Dina, entre ellos Moren Brito, Krasnoff, etc.

En ese momento llevábamos casi tres meses secuestrados en Villa Grimaldi, torturados, gran parte del tiempo encadenados de pies y manos.

Cada uno, como pudo, hizo frente al difícil momento. Ese montaje nos significó ser acusados de traición y condenados a muerte por el Mir, organización a la que pertenecíamos. Dos de ellos, Humberto Menanteau y José Hernán Carrasco, fueron asesinados a finales de ese año por la Dina y el tercero, Hernán González, vive en el extranjero y nos acompaña hoy en esta sala.

Vamos al grano.

Trampas de la Memoria se inscribe en una línea de pensamiento e investigación que se consolida a fines del siglo pasado y que reflexiona en torno a la construcción de la memoria reciente y sus necesarios nexos con el presente y con la historia. No es un campo fácil. Se cimenta poco a poco, entre pensamiento y testimonio, con víctimas, deudos y también victimarios.

Ricardo Brodsky comienza por recordarnos las dramáticas experiencias en Perú y Argentina, con su locura asesina y sus dolores. Nos relata sumariamente cómo en esos países comenzaron a enfrentar su pasado traumático y nos describe obras, y museos que surgen en esas naciones.

En lo que sigue, Trampas de la Memoria se aboca a Chile, recordándonos desde el Chile de los 70s en adelante, en lo que él denomina con mucho acierto “la vía chilena al terror”, el Golpe de Estado, la imposición de una feroz dictadura y de una institucionalidad ad-hoc.

Nos recuerda, Brodsky, las luchas por la dignidad y la democracia, el esperanzador triunfo del NO y el establecimiento de la Transición y sus esfuerzos para recuperar tradiciones republicanas, impulsando y convocando acuerdos transversales que nos permitieran conversar desde distintas visiones y filosofías.

Poco a poco se reconstruía la democracia. Sin embargo, como nos señala Brodsky, todos sabían que aún faltaba establecer la justicia.

Es así que los Movimientos de Derechos Humanos crecen y se multiplican y con ellos el desarrollo sostenido de las Asociaciones de Víctimas (desaparecidos, ejecutados, torturados, exonerados, etc.) y paralelamente el establecimiento de diversos Lugares de Memoria con sus respectivas asociaciones (Villa Grimaldi, Londres 38, Colonia Dignidad, etc).

Comienza así a tejerse el entramado de la Memoria Reciente, marcado por la diversidad de visiones y experiencias de todas las categorías de víctimas. Es entonces cuando aparecen las primeras reacciones institucionales, la Comisión Rettig, la Comisión Valech, y por fin, el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, dirigido en su nacimiento por Ricardo Brodsky.

Trampas de la Memoria nos habla de las dificultades de ese periodo, de las necesidades de unos y otros de validar sus relatos y de las dificultades inherentes que ello tiene y que en definitiva es entrar en la construcción de los cimientos de lo que será algún día señalado como Historia.

Aparecen así las preguntas ineludibles: ¿Quién puede y debe ser considerado víctima? ¿Los testimonios bastan para establecer verdades históricas? ¿Todos los miembros de los aparatos represivos de ese entonces fueron victimarios? ¿Dónde colocamos a los otros muertos? ¿Es o no es víctima Jaime Guzmán?. Estas preguntas, que nos hacemos respecto de Montoneros en la Argentina o Sendero Luminoso en el Perú, tenemos dificultades para formularlas respecto de nuestro propio país.

No es fácil responder estas interrogantes. Las diversas asociaciones y grupos que animan los Lugares de Memoria han estructurado relatos, definiciones y visiones que no son necesariamente homogéneos y han ido creando y desarrollando praxis, estructuras y comportamientos que asemejan mucho a la antigua manera en que se vivía la militancia.

Cabe aquí decir que muchos de estos se han transformado en verdaderos hogares para sus miembros, en donde encuentran identidad y afecto. Sin embargo, me es difícil entender que en tales espacios se realicen reuniones sociales, matrimonios o velatorios, como ha ocurrido en varias ocasiones. Algo allí no está bien y sin duda hay grados de confusión y

pérdida de realidad preocupantes, porque en definitiva Villa Grimaldi fue un lugar de horror y exterminio y debe ser recordado como tal.

Las Memorias construidas por las asociaciones de víctimas tienen un fuerte sello militante y reivindicativo del ideario de la Revolución. Esas Memorias contienen, obviamente, olvidos, simplificaciones y mistificaciones. Creo que todo esto dificulta la comprensión de nuestra Historia Reciente. Es claro que ella no puede surgir solamente de relatos heroicos o infames. Necesitamos también plasmar las memorias recuerdos y actos de seres comunes, con sus ternuras, bondades y flaquezas.

En Villa Grimaldi uno encontraba a Pedro Espinoza, Marcelo Moren Brito, Miguel Krasnoff, Maximiliano Ferrer, Fernando Laureani, crueles e inhumanos.

Guardias jóvenes que eran unos sádicos que nos golpeaban por entretenerse, como el Chico de los Fierros, el Muñeco del Diablo, el Jote y unos cuantos otros (sus nombres reales son conocidos por la justicia).

Pero también estaba el Sargento Chacrita que en sus domingos de guardia nos quitaba las cadenas de pies y de manos, nos hacía lavarnos y nos servía la comida a todos juntos sentados en una mesa en el patio. O el Gato, Samuel Fuenzalida, que en sus guardias nocturnas entraba a la pieza grande donde habíamos unos 50 dolientes, nos contaba chistes y a varios los sacaba a caminar por los jardines de la Villa. El se arrancó de Chile y se fue a Alemania a denunciar la Dina y sobre todo a testimoniar contra la Colonia Dignidad y su estrecha cooperación asesina con la Dina. Hoy él es un artesano y hace pocos años atrás, junto a otros ex-detenido nos juntamos varias veces a comer con él; increíblemente, quiero decirlo, todavía aparece en listas de represores. Por último, también recuerdo a Mauro, joven guardia de 4 Álamos que llevaba mensajes tranquilizadores a las familias de los detenidos y que fue descubierto por una carta entre dirigentes clandestinos que hablaban de él: fue asesinado a cadenas por Moren Brito en la Villa.

El libro de Ricardo Brodsky nos interpela sobre los peligros y efectos de contar sólo con Memorias militantes. Así por ejemplo, hace poco se funó a Luz Arce, presentada como una siniestra traidora y cruel agente de la Dina.

Quien lea el libro El Infierno, en donde ella relata sus terribles padecimientos terminará remecido y conmovido.

Luz Arce vive muy modestamente y su esposo es inválido. Tuvimos que convencerla, junto a otros ex-torturados, que ella tenía derecho de beneficiarse de la Ley Valech, es decir que ella era tan víctima como nosotros.

También cabe aquí mencionar a Marcia Alejandra Merino, la flaca Alejandra, quien fue detenida la primera vez justo después del golpe militar. Una vez libre informó a la dirección del Mir que no se sentía capaz de soportar de nuevo la tortura y pidió permiso para asilarse lo que le fue negado, pese a que muchos altos dirigentes pudieron hacerlo para proteger sus vidas. La historia que sigue ya la conocemos: en 1974, la DINA la secuestra, la somete a brutales y largas torturas y obviamente la utiliza como delatora. En 1994 Carmen Castillo le da la palabra en el documental francés La Flaca Alejandra.

La obra que aquí comentamos invita a reflexionar en cómo vamos construyendo una Memoria que no sea binaria, simplista y autocomplaciente, con buenos y malos bien identificados, donde curiosamente los malos siempre son los otros.

¿Cuál es nuestra responsabilidad en la tragedia? Creo que debemos entender esto para no repetir experiencias nefastas.

Cómo muchos, desde antes del 70, yo me preparé para una guerra en donde nuestro destino era ser héroes o mártires. Triunfar o morir era nuestra consigna; ella necesariamente implicaba la necesidad de matar. Cuando fui detenido en diciembre del 74, yo andaba armado de una pistola y una granada. Cuando me vi rodeado no pude disparar: me paralizó la juventud de quienes se aprestaban a secuestrarme, entre ellos una muchacha de 20 años... ahora me digo ¡qué bien no haber disparado!

Recibí cuatro balazos y a partir de ahí me convertí en víctima.

Estuve seis meses en manos de la Dina y después pasé al Campo de Tres Álamos. Allí me fui rehaciendo, con la ayuda de nuevos amigos, como el abogado Fernando Ostornol que se esmeró en hacerme entender que las consignas que invocaban la muerte eran nefastas y que estábamos para construir vida, o con el profesor de literatura y analista político Sergio Muñoz Riveros (aquí presente) con el que construimos una amistad que siguió creciendo en el exilio (él en Holanda, yo en Francia) y en el retorno. Les agradezco haberme ayudado en la sanación.

Para terminar, quiero contar que en los tiempos duros siempre recurrimos al humor y a las ternuras; al respecto mi amigo Sergio Muñoz tiene un pequeño poema que dice:

“En los peores momentos cantábamos la Canción de la Alegría”.

En los momentos duros de Grimaldi, imitando el programa de televisión “Cine en su Hogar” (de canal 13 creo), nosotros encerrados en cajones y encadenados, teníamos el programa “Cine en su Celda”, en donde por turnos íbamos contando películas.

Recuerdo, también que los guardias colocaban la radio a full para escuchar el Festival de Viña. Ese año vino Roberto Carlos y cantaba “Quisiera tener un millón de amigos” canción que coreaban todos los guardias, y nosotros encadenados en nuestros cajones les gritábamos, obviamente en voz baja, “Que amigo vas a tener pobre huevón”.

No por nada el poeta y ex chacabucano Jorge Montealegre dice que el humor y la alegría eran los verdaderos actos heroicos y fértiles.

Bueno....

Siguiendo en este buen ánimo, finalmente, quiero agregar que cuando recibí la invitación de Ricardo Brodsky para participar en la presentación del libro Trampas de la Memoria pensé que se trataba de un ensayo sobre el Alzheimer... tema que, reconozco, comienza a ser una de mis preocupaciones. Sin embargo, felizmente, no tardé mucho en darme cuenta que se trataba de otra cosa.

Gracias Ricardo por proponernos reflexiones y miradas difíciles.

Presentación por Nelly Richard

(Exposición realizada en la presentación del libro “Trampas de la Memoria”,
el 17 de julio de 2018)

Los conflictos de la memoria.

La historia recapitula el pasado ordenando los hechos según un método explicativo. A diferencia de la historia que aspira a la cientificidad para ser objetiva, la memoria se desplaza, fluctuante, llamando a identidades y comunidades a insertar zonas del recuerdo en dinámicas intersubjetivas. Esta tensión entre *historia* (objetividad) y *memoria* (intersubjetividad) es uno de los nudos problemáticos que llevó el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Santiago de Chile a ser cuestionado insistentemente por la derecha: una derecha que le reprocha distorsionar la historia nacional al no insertar el tema de la violación de los derechos humanos en un contexto histórico más completo (menos parcial) que equilibre la visión sobre el encadenamiento de los hechos entre un *antes* declarado culpable (la Unidad Popular) y un *después* justificado por ella como simplemente reactivo (el golpe de estado y la dictadura militares).

Ricardo Brodsky argumenta convincentemente en su libro que la misión del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos “no es historiográfica ni jurídica”, que no se trata de “entregar información acerca de las causas que condujeron a las violaciones de los derechos humanos” sino de promover “un juicio moral” sobre los crímenes de la dictadura desde un “Nunca Más” convertido en “imperativo categórico”. Y es cierto que el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos no está obligado a detallar las motivaciones o circunstancias de porqué los hechos sucedieron tal como los conocemos: por algo se llama “Museo de la memoria” y no “de la historia” del período de la dictadura. La tarea prioritaria del Museo es la de preservar los archivos (documentos, informes, testimonios, filmaciones, etc.) que atestiguan de los abusos cometidos, promoviendo una conciencia pública acerca de la potencia del daño ejercida por el terrorismo de estado. De no existir en Chile este Museo que contiene las pruebas de la violencia ejercida militarmente, un Museo cuya arquitectura se encarga de exponer dichas pruebas a la máxima visibilidad pública para que nadie alegue desconocimiento, serían aún mayores los riesgos de disipación o tergiversación del recuerdo histórico.

Todos recordamos el mes de la conmemoración de los 40 años del golpe militar (septiembre 2013) y su explosión mediática de los archivos de la memoria que invadieron las pantallas de todos los canales de televisión nacionales. El drama de la violación de los derechos

humanas alcanzó una cobertura inédita que fue premiada por un alto rating como en el caso del programa “Las imágenes prohibidas” de Chilevisión. La densidad referencial de las imágenes censuradas y luego rescatadas del olvido, la emotividad de las entrevistas a víctimas emblemáticas de la represión militar, reforzaron comunicativamente el estallido de la memoria social, generando una poderosa activación del recuerdo histórico. Todos creímos entonces que la conmemoración de los 40 años del golpe militar había grabado de modo irreversible en la conciencia del país las huellas de un pasado condenable.

Sin embargo, ¿qué vino después de septiembre 2013? Una progresiva borradora del impacto de aquellas huellas documentales, una desintensificación de aquel recuerdo histórico que había suscitado el rechazo y la indignación nacionales, nulos avances en políticas institucionales de la memoria y los derechos humanos, nuevas arremetidas de una ultraderecha que falsifica o relativiza los hechos pese a la constancia probatoria de cómo estos hechos mutilaron biografías. Después de septiembre 2013, el recuerdo cayó en el vacío de la insignificancia, en la burocratización de trámites y arreglos institucionales, en la pasividad de una memoria que dejó de mostrarse alerta o expectante. Una de las trampas del boom mediático de la memoria es que las pantallas electrónicas, seducidas por lo instantáneo, no se dejan impregnar por ningún tiempo de duración al favorecer la circulación en perjuicio de la retención de las imágenes. La solidez de la piedra en cuyos cimientos se edificó el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos le da un sustento duradero a la tarea informativa y pedagógica de verificación material de los actos de persecución, represión y tortura cometidos por el aparato militar. Desde los Informes de las Comisiones Rettig y Valech que enmarcan su narración, el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos respalda la necesidad de que la sociedad marque un contundente límite de intransigencia frente al odio lacerante contra la democracia que profesa José Antonio Kast o frente a las injuriosas burlas hacia las víctimas del pasado del diputado Ignacio Urrutia.

Cuando la actualidad nacional se deja infiltrar por estos juicios aberrantes a favor de la dictadura militar, ahí está la solemnidad –arquitectónica e institucional– del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos para hacer valer la justeza-justicia de las demandas emanadas de las agrupaciones de familiares de detenidos-desaparecidos. En medio de esta actualidad insensible, impiadosa, el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos actúa como el guardián ético de una memoria de las víctimas de la dictadura que se levanta contra los embates del olvido, que le reprocha a la sociedad su ligereza o indiferencia y que refuta las tercas negativas de la derecha encubridora a reconocer la criminalidad del pasado dictatorial.

Sin embargo, lo sabemos, la patrimonialización del recuerdo encierra varios peligros. Entre ellos, el de reificar el pasado en torno a una simbología heroica y monumental de la Víctima que sacraliza el dolor en la fijeza y monotonía del ritual. Uno de los aciertos críticos de

la reflexión contenida en este libro de Ricardo Brodsky tiene que ver con los cuidados de su autor en querer evitar que la memoria de las víctimas quede capturada en los límites de autorreferencia de una comunidad ensimismada en lo repetitivo del homenaje. La absolutización moral de la verdad del sufrimiento cifrada en el recuerdo de la Víctima como una verdad intransferible impide entrecruzar su vivencia con otras perspectivas (no solo testimoniales sino analíticas) del recuerdo que vuelvan la memoria *plural* y *dialógica*.

Ricardo Brodsky es certero al afirmar lo siguiente: “Cuando llegué (en mayo 2011) al museo me propuse el desafío de *abrir el relato*, es decir, de no contentarnos con lo que puede emanar del archivo legal o judicial, del testimonio, de los recortes de prensa o del relato de los militantes. El riesgo de fosilización así como el de la banalización o uso abusivo de la memoria, lo veía amenazando el proyecto y el único remedio disponible a mi juicio era *someterlo a la crítica y a la reinterpretación*. El desafío era salir del enclaustrado mundo de las víctimas para abrirse a las nuevas generaciones y nuevas lecturas del pasado”.

Esta cita resume para mí la rigurosa y lúcida gestión de Ricardo Brodsky en la dirección del Museo de la Memoria y los Derechos Humanos: una gestión que consistió en “*abrir el relato*” sometiendo una y otra vez a “*la crítica y a la reinterpretación*” (teórica, política y estética) las diferentes escenas y narraciones del recuerdo de lo siniestro. Una de las apuestas más notables de la dirección del Museo encabezada por Ricardo Brodsky (en la que incluyo para subrayarlo el trabajo de María José Bunster) ha sido la invitación a que las artes visuales se hicieran parte de la reconfiguración de la memoria histórica de la postdictadura. El arte o bien, como diría Didi-Huberman, “*el pensamiento de la imagen como terreno político*”, tiene la particularidad de ofrecer visiones del pasado traumático que no se dejan reducir al guion normativo de la memoria institucional: un guion que, en Chile, tomó la forma de *la memoria como reconciliación* (con su simbología cristiana del perdón) en sintonía transicional con la retórica integradora, domesticadora, del consenso. Las prácticas artísticas desafían este guion socio-político de la memoria institucional al explorar lo no-reconciliado, lo desintegrado, lo precario, lo residual, que flota en sus bordes. La subjetividad herida por el duelo inconcluso no se deja suturar por el ordenamiento jurídico o sociológico del repertorio institucional “derechos humanos”. La materia sensible de sus fracturas y dislocaciones quedaría sin habla si no fuese por los vocabularios alegóricos del arte que les otorgan expresividad a los pliegues más esquivos o difusos del recuerdo. Este libro de Ricardo Brodsky da cuenta de cómo la práctica artística de la postdictadura trabaja con la oblicuidad de un trabajo con lo imaginario y lo simbólico que se desliza en los huecos más oscurecidos de la relación entre *memoria, subjetividad, experiencia y representación*.

La otra forma de “abrir el relato” que evoca Ricardo Brodsky es aquella que tiene que ver con “la crítica y la reinterpretación”, tal como ocurrió ejemplarmente en los debates

teóricos de la “Cátedra de la Memoria”: un escenario ineludible –de conferencias y publicaciones– para reflexionar sobre los usos de la memoria, las políticas y las estéticas del recuerdo, la intencionalidad del punto de vista que guía los actos de recordar haciendo que el pasado se vuelva el objeto móvil (nunca estático) de incesantes y renovadas disputas de comprensión e interpretación. Ricardo Brodsky demuestra nuevamente su sabiduría al afirmar lo siguiente: “El Museo retiene la memoria en los testimonios y en el archivo... debido a su uso recurrente como almacén de pruebas documentales para la escritura del pasado traumático. Por otra parte se convierte en *un escenario de confrontación para la apropiación de ese decir del pasado*”. Lo sabemos: a diferencia de la historia que establece el pasado según un orden ya cumplido, finito, la *memoria colectiva* reinterpreta una y otra vez lo acontecido según los cambios de valoración cultural y los debates éticos que atraviesan el presente con sus ritmos y urgencias. La serie de apropiaciones y contra-apropiaciones de los usos del recuerdo dotan al trabajo de la memoria de la carga de historicidad social y política que hace falta para corregir las versiones demasiado expeditas de una actualidad neoliberal convertida al pragmatismo, a la facticidad: a todo aquello que favorece el *dato* (operacionalidad) en perjuicio de la *huella* (experiencia, subjetividad, retención). La actualidad neoliberal y su cadena de mercantilización de los signos apelan a un liso intercambio de productos, servicios, gestiones y competencias: un intercambio sin restos, sin opacidad, sin sombras, sin drama, sin trauma. La memoria es aquel resto *insuprimible* (opacidad, sombra, drama, trauma) que hace tropezar la planicie de la actualidad neoliberal con lo más accidentado del recuerdo. Este libro sobre la memoria de Ricardo Brodsky contribuye a que las huellas del pasado complejicen el tiempo superficial (liso, plano, desmemoriado, irreflexivo) del mercado capitalista. Al desinscribirse y reinscribirse una y otra vez, esas huellas contienen la reserva y el diferimiento de lo que no cierra (los cuerpos sin encontrar, la verdad y la justicia que falta) como aquel tiempo suspensivo de lo inacabado.

FLACSO-Chile es un organismo internacional, autónomo, regional, de carácter académico e interdisciplinario con una VISIÓN amplia y crítica de las ciencias sociales. Es un centro de pensamiento latinoamericano orientado a promover el desarrollo económico de la sociedad, la reducción de la desigualdad y el fortalecimiento integral de la democracia. Esta misión se cumple a través de la producción y difusión del conocimiento y de la formación en el campo de las ciencias sociales, utilizando los más altos estándares de excelencia académica.

Publicaciones FLACSO-Chile

Impresas



Trampas de la Memoria
FLACSO-Chile



Diversidad y VIH/SIDA en el espacio público.
Escritos prácticos (1993-2011)
FLACSO-Chile



Experiencias, buenas prácticas y desafíos para los sistemas estadísticos nacionales de los países de América Latina frente a la ronda de censos de población y vivienda de 2020
FLACSO-Chile

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Chile
Av. Dag Hammarskjöld 3269, Vitacura, Santiago de Chile
Tel.: +56 2 2290 0200 • contacto@flacsochile.org



twitter.com/FLACSOCHILEORG



facebook.com/flacso.chile

www.flacsochile.org